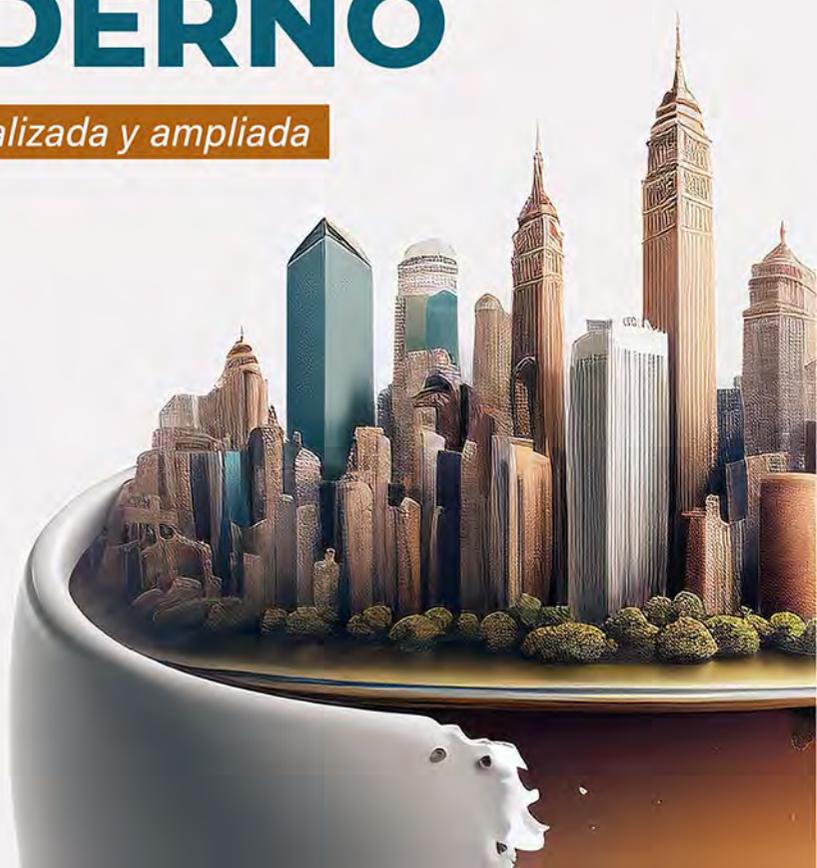


JOHN STOTT Y
CHRISTOPHER J. H. WRIGHT

LA MISIÓN CRISTIANA EN EL MUNDO MODERNO

Edición actualizada y ampliada



La misión cristiana en el mundo moderno

JOHN STOTT Y
CHRISTOPHER J. H. WRIGHT

LA MISIÓN CRISTIANA EN EL MUNDO MODERNO

Edición actualizada y ampliada



Dedicado al Movimiento de Lausana,
que comparte sus orígenes con este
libro.

Contenido

Prefacio a la primera edición	11
Prefacio a la edición revisada y ampliada	13
Prólogo a la edición en español	17
1. La misión	21
• Dos perspectivas extremas	22
• ¿Una síntesis bíblica?	25
• La gran comisión	27
• La relación entre evangelización y responsabilidad social	30
• El gran mandamiento	33
• Implicaciones prácticas	35
2. Reflexiones sobre la misión	39
• Nuestra misión fluye de la misión de Dios	40
• La evangelización y la acción social se encuentran unidas en nuestro ejercicio de la misión bíblica	47
• La misión y el ministerio son para todos los discípulos en todas las áreas de la vida	63
3. La evangelización	69
• La prioridad de la evangelización	69
• El significado de la evangelización	71
• ¿Hay un evangelio propio del Nuevo Testamento?	73
• Los eventos del evangelio	76
• Los testigos del evangelio	78
• Las declaraciones del evangelio	81
• Las promesas del evangelio	83

• Las exigencias del evangelio	84
• El contexto de la evangelización	86
4. Reflexiones sobre la evangelización	91
• «Toda la Biblia es la buena noticia de Dios»	93
• «La bendición y las exigencias del reino»	103
5. El diálogo	109
• Perspectivas extremas	109
• El diálogo en la Biblia	112
• El argumento contra el diálogo	115
• El argumento a favor del diálogo	121
• El diálogo con los hindúes	124
• El diálogo con los musulmanes	127
• El diálogo con el Reino Unido industrial	130
6. Reflexiones sobre el diálogo	133
• Clarificar el inclusivismo	135
• John Stott en diálogo	142
7. La salvación	153
• La centralidad de la salvación	153
• La salvación y la salud física	155
• La salvación y la liberación política	158
• La teología de la liberación	159
• La cuestión hermenéutica	163
• La salvación y la libertad personal	168
• Liberación del juicio para ser hijos	170
• Liberación de sí mismo para el servicio	172
• Liberación de la corrupción para la gloria venidera	174
8. Reflexiones sobre la salvación	177
• El alcance de la salvación: ¿qué incluye?	178
• La hermenéutica de la salvación: ¿cómo debemos usar el Antiguo Testamento?	185

• La historia de la salvación: ¿pueden otras historias preparar el camino?	189
• El alcance de la salvación: ¿a quiénes incluirá?	190
9. La conversión	197
• El desagrado contemporáneo por la «conversión»	197
• La conversión y la regeneración	200
• La conversión y el arrepentimiento	204
• La conversión y la iglesia	205
• La conversión y la sociedad	207
• La conversión y la cultura	208
• La conversión y el Espíritu Santo	211
10. Reflexiones sobre la conversión	217
• La conversión y los «movimientos internos»	217
• La conversión, la iglesia y el evangelio	222
• La conversión, la cultura y la contextualización	228

Prefacio a la primera edición

Además de mi compromiso personal con la evangelización, tanto por medio de la iglesia local como en la universidad —a partir de una actividad misionera en la Universidad de Cambridge en 1952—, hay cuatro experiencias en particular que contribuyeron a que escribiera este libro.

En primer lugar, en 1968 asistí como consejero a la cuarta Asamblea del Concilio Mundial de Iglesias, realizada en Upsala. Fui asignado a la sección 2 (La renovación en la misión) y de inmediato me vi sumergido en el debate contemporáneo sobre el significado de la misión.

En segundo lugar, aunque en enero de 1973 no pude asistir al congreso en Bangkok sobre «La salvación hoy», naturalmente lo seguí con profundo interés y preocupación. Cuando al año siguiente me invitaron a presentar la ponencia Baker en Melbourne (en memoria del obispo Donald Baker, erudito en Nuevo Testamento y exrector del Ridley College, en Melbourne), elegí hablar sobre «La salvación ayer y hoy». Buena parte de esa conferencia se ha reproducido aquí, con permiso y ampliada, en el capítulo 4.

En tercer lugar, el comité organizador del Congreso Internacional sobre Evangelización Mundial, que se realizó en Lausana en julio de 1974, me pidió que diera una conferencia de apertura sobre la naturaleza de la evangelización bíblica, y que procurara brindar una definición bíblica de cinco palabras: *misión*, *evangelización*, *diálogo*, *salvación* y *conversión*.

En cuarto lugar, cuando el canónigo Jim Hickinbotham, rector de Wycliffe Hall, Oxford, me invitó a dar las Conferencias Chavasse de 1975 (en memoria del obispo F. J. Chavasse de Liverpool, exrector de Wycliffe Hall, y de su hijo, el obispo Christopher Chavasse, exprofesor de St. Peter's College y presidente de la junta directiva de Wycliffe Hall), la oportunidad me pareció propicia para tomar esas cinco

palabras y profundizar lo que había intentado bosquejar en Lausana. Estoy sumamente agradecido al rector y al personal, al igual que a los estudiantes de Wycliffe Hall por su amable bienvenida y su gran interés por el tema, así como por el estímulo que significó el tiempo de preguntas que siguió a cada conferencia.

Aunque no quiero en absoluto ocultar ni disimular el hecho de que soy un cristiano de convicción evangélica, este libro no es un ejercicio de propaganda partidaria. No tengo ningún fin subalterno, excepto el de perseverar en la búsqueda de lo que el Espíritu le está diciendo a las iglesias por medio de la Palabra. Lo que más me alentó en Wycliffe fue escuchar al director comentar, en su conclusión, que consideraba que yo había sido «escrupulosamente justo» hacia aquellos con quienes me había aventurado a disentir. Esa, sin duda, ha sido mi meta. Además, así como discrepo de otros, también deseo ser crítico conmigo mismo y con mis colegas evangélicos. La vida es un camino de aprendizaje, un viaje de descubrimiento, en el que nuestras perspectivas equivocadas se van corrigiendo, se ajustan nuestros conceptos distorsionados, profundizamos nuestras opiniones superficiales y se reducen algunas de nuestras numerosas ignorancias.

Quizás lo que más urge en el debate ecuménico actual es encontrar una hermenéutica bíblica coincidente, porque sin ella es poco probable que alguna vez se alcance un consenso más amplio sobre el significado de la *misión* y la obligación que esta nos impone.

John Stott
Abril, 1975

Prefacio a la edición revisada y ampliada

Recuerdo bien haber comprado *Christian Mission in the Modern World (La misión cristiana hoy)* en 1975, cuando era un estudiante de teología y estaba cursando estudios doctorales en Antiguo Testamento y capacitándome para ser ordenado en Ridley Hall, Cambridge. El libro llegó en el despertar del entusiasmo generado por los informes del Primer Congreso de Lausana sobre la Evangelización Mundial en 1974 y el documento del Pacto de Lausana, que hizo historia. Muchos de nosotros, como evangélicos británicos más jóvenes, nos sentimos alentados por el resurgimiento de la teología evangélica frente al liberalismo que todavía dominaba los departamentos de teología en las universidades. Al mismo tiempo, nos sentíamos animados por la recuperación de la conciencia social evangélica, históricamente comprometida con un entendimiento de la misión que abarcaba el involucramiento con las realidades sociales, económicas, políticas y culturales de nuestro tiempo. John Stott era nuestro héroe y nuestro mentor en esos dos campos. ¿Acaso no se había levantado para defender con valentía una comprensión bíblica y evangélica de la misión y la evangelización en los encuentros del Consejo Mundial de Iglesias? ¿No era él quien nos urgía a ser sal y luz en la sociedad, a penetrar nuestra cultura en lugar de aislarnos de ella? Ese libro, en sus cinco medulosos capítulos, parecía cubrir esas preocupaciones y encender nuestro celo.

Yo había leído muchos de los libros escritos por él en la década de 1960. Asimismo, había disfrutado las presentaciones bíblicas que daba como orador invitado en la Unión Cristiana Interuniversitaria en Cambridge y las conferencias con las que enriquecía los encuentros de la Fraternidad de Estudiantes de Teología. Igualmente, lo había escuchado predicar en la Iglesia All Souls, en Langham Place. Pero

fue recién en 1978 cuando me encontré personalmente con él en el Congreso Evangélico Nacional sobre Ética Social, que dirigía, y a la cual fui invitado (como un ministro anglicano novato con un doctorado en ética del Antiguo Testamento) para dar una de las exposiciones bíblicas matinales. Nuestro contacto inicial condujo a una amistad duradera, que culminó en muchos años de trabajar juntos tras su invitación en 2001 a que me hiciera cargo de los ministerios fundados por él como parte de Langham Partnership (Sociedad Langham) —años que incluyeron a veces el placer de compartir la estadía en su cabaña, The Hookses (ubicada en Gales), su retiro para escribir, donde ahora me encuentro para redactar este prefacio.

Por esa razón, con gran sentido de deuda personal, así como de enorme privilegio y cierta conciencia de falta de mérito, acepté la invitación de InterVarsity Press y de los albaceas de los escritos de John Stott a trabajar en una edición revisada de *Christian Mission in the Modern World* (*La misión cristiana hoy*), que sería publicada a los cuarenta años de su primera edición, con el requerimiento de aliviar al libro de algunos datos desactualizados y sumarle a cada capítulo algunas de mis propias reflexiones. Quisiera, entonces, agregar algunas pocas palabras sobre cada uno de esos aspectos de la tarea.

Al revisar los capítulos originales de John Stott, evité escrupulosamente modificar el sentido de sus conceptos. Quité las referencias a los debates de la década de 1960 y comienzos de 1970 que han quedado lejos en el tiempo y han perdido importancia, además de algunos (pero no todos) de los nombres y de las citas de colegas con los que debatió Stott (y los detalles históricos de algunas controversias específicas). Aun con esa poda, es importante que el lector sepa que cada vez que Stott utiliza palabras como *actual*, *reciente* o *contemporáneo*, estaba escribiendo en el contexto de los años 60 y 70. Consciente de que Stott aprobaba el lenguaje inclusivo que llegó a ser más habitual a partir de los años 90, revisé el uso predominante del término *hombre* que todavía se entendía y aceptaba en sentido genérico en la década de 1970.

En la preparación de mis propias reflexiones, fui consciente, en primer lugar, de que este libro había sido elaborado a partir de una serie de cinco conferencias que Stott presentó en diversos lugares, y que en ninguna de ellas es posible expresar todo lo que hay para decir sobre un asunto. Por consiguiente, los lectores deben saber que,

si quieren alcanzar una plena comprensión de lo que Stott pensaba, digamos, sobre *salvación*, necesitan completar la lectura del capítulo 4 de este libro y a continuación explorar la amplitud y profundidad de su libro *La cruz de Cristo*.

Además de eso, intenté hacer tres cosas, dentro de los límites de espacio y los límites aún mayores de mis conocimientos. Primero, cuando Stott mismo había continuado reflexionando y escribiendo sobre el tema de cada capítulo, siempre que pude lo indiqué con citas y referencias. Segundo, ya que cada tema ha seguido generando debate teológico y misionológico, procuré comunicar el rumbo de esos debates en las décadas posteriores a 1975. Uno de los rasgos del libro que me impresionó una y otra vez es la capacidad anticipatoria de Stott. En una sección tras otra menciona asuntos (a veces solo al pasar) que se volvieron importantes o controversiales años después. En varias ocasiones, agregué notas con la información bibliográfica que logré reunir, con la expectativa de que esta edición revisada del libro pudiera ser útil como material de consulta para estudiantes en algunas áreas de los estudios sobre la misión. Y, en tercer lugar, me tomé la libertad de compartir mis propias reflexiones, unas veces desarrollando la línea de pensamiento de Stott, otras discrepando, y a veces citando extensamente lo que yo mismo escribí en otro lugar. Donde me veo expresando el concepto de manera diferente (¡o atreviéndome a disentir!), me gusta pensar que, si tuviera la oportunidad de analizar el asunto con el autor, llegaríamos a una feliz coincidencia de pensamiento. Esa fue a menudo nuestra experiencia cuando tuvimos tal oportunidad.

Tengo el placer y el privilegio de conceder a este breve y excelente clásico de John Stott un renovado contrato de existencia, y es mi oración —como sé que hubiera sido la de él— que fortalezca la fe, alimente la reflexión y vigore la misión bíblica.

Chris Wright
Marzo, 2015

Prólogo a la edición en español

Al igual que cientos y miles de cristianos latinoamericanos, mi comprensión del evangelio, mi sumisión al señorío de Cristo, mi actitud hacia las Escrituras y mi sentido de vocación fueron marcados por la vida de John Stott, su enseñanza y sus escritos. Si la vida de Stott marcó a cuantas personas tuvimos el privilegio de conocerlo personalmente, miles más han sido impactados por su exposición clara, convincente y relevante de las Escrituras. Ediciones Certeza Unida, la editorial de los movimientos estudiantiles de habla hispana de la IFES, ha ampliado el alcance de su enseñanza con títulos como *Cristianismo básico*, *La cruz de Cristo*, sus comentarios del Nuevo Testamento y su último libro, *El discípulo radical*.

El viento azotaba violentamente, amenazando con arrancar la carpa de sus estacas. En el interior, alrededor de una luz tenue, escuchábamos atentamente. «Los invito a ser tocados por la ternura de Dios. Dios anhela reunirnos, protegernos y cuidarnos como lo hace una mamá gallina». Era febrero de 1981, cuando el mundialmente famoso líder John Stott acampó con las familias Rooy y Padilla en la Patagonia Argentina. En ese viaje, Stott se convirtió en el tío especial que nos abrió los ojos a la maravillosa belleza tanto de la creación de Dios como de la Palabra de Dios. Yo había conocido al «Tío Juan» cuatro años antes cuando, después de haber visitado varios países latinoamericanos con mi padre, René Padilla, e intentar infructuosamente convertirlo en un ávido avistador de aves, Stott había dirigido una serie de seminarios pastorales en Buenos Aires bajo los auspicios de la Fraternidad Teológica Latinoamericana. Con su claridad y profundidad características, Stott abrió la Palabra, regó en mí las semillas de la sed teológica plantadas por mis padres y alimentó el entusiasmo por la relevancia de las Escrituras para la vida cotidiana. Años más tarde, me hizo sentir como la traductora más excelente del mundo cuando facilité su comunicación con los

obreros de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos (CIEE o IFES) en Quito en 1985. «Ruthie», me llamaba cariñosamente, como solo lo hacía mi familia más cercana. Y su abrazo se extendió por encima de los océanos mediante palabras de aliento amoroso tras la muerte de mi primer esposo.

Chris Wright heredó de John Stott la mayordomía de *Langham Partnership International*, una generosa organización que se dedica a promover la literatura bíblica, escuelas de expositores bíblicos, y académicos bíblicos. Por décadas ya, Wright ha estado nutriendo la visión misional y el compromiso ético de mujeres y hombres alrededor del mundo con su pasión por una vivencia integral del gran relato de Dios y su profundo conocimiento del Antiguo Testamento. Personalmente, debo mucho a este generoso maestro que me ha acompañado en decisiones cruciales de la vida e inspirado, como a tantas otras personas, mediante sus prolíficas publicaciones. Certeza Unida celebra haber publicado su generadora obra, *La misión de Dios: descubriendo el gran mensaje de la Biblia*. Como artesano del Compromiso de Ciudad del Cabo, producido en relación al encuentro global Lausana III, Wright articuló una Confesión de Fe y un Llamado a la Acción que sigue convocando a seguidoras y seguidores de Jesucristo alrededor del mundo.

Ciertamente, el texto original del libro que tienes entre manos fue escrito hace varias décadas, en medio de controversias entre grupos con énfasis diversos. Stott navega aguas agitadas con un timón firmemente bíblico y, a la vez, una disposición humilde y generosa hacia aquellas posturas con las cuales disiente. Esta firme gracia es un modelo a imitar hoy, cuando arrecian controversias y polarizaciones teológicas e ideológicas en el seno de la iglesia. Más allá aún, *La misión cristiana en el mundo moderno* nos ofrece el fructífero y desafiante aporte de Chris Wright, quien construye respetuosamente sobre el trabajo de su mentor y a la vez profundiza, expande y actualiza la enseñanza sobre las marcas misionales de la iglesia en el mundo. En este proceso Wright demuestra cómo podemos sostener fuertes convicciones sin perder la gracia que debe caracterizar las interacciones y apreciaciones de quienes nos reconocemos deudores de la gracia infinita de nuestro Buen Dios.

No dudo que, al recorrer las páginas de este libro, descubrirás que las sólidas enseñanzas de estos dos imitables maestros, sumadas

al estilo único de este libro, te despertarán preguntas y te abrirán horizontes para una vivencia fiel de las Buenas Nuevas en medio de las realidades actuales en las cuales el Gran Maestro te llama a ser su testigo. ¡Que así sea!

Ruth Padilla DeBorst
Directora de Certeza Unida
Santo Domingo de Heredia,
Costa Rica,
Agosto, 2023

1

La misión

John Stott

Todos los cristianos, cualquiera que sea su trasfondo cultural o su convicción teológica, en un momento u otro deben pensar sobre la relación entre la iglesia y el mundo. ¿Cuál es la responsabilidad de un cristiano hacia sus parientes, sus amigos y vecinos no cristianos, así como, en realidad, hacia toda la comunidad no cristiana?

En respuesta a esta pregunta, la mayoría de los cristianos recurriría de algún modo al término *misión*. Es casi imposible analizar la relación entre la iglesia y el mundo y omitir el concepto de *misión*. Sin embargo, habría una amplia divergencia en el entendimiento de lo que es nuestra misión, o qué papel cumple la *evangelización* en la *misión*, y qué papel juega en ella el *diálogo*. Me temo que disenteríamos no solo en nuestra comprensión de la *naturaleza* de la misión, de la evangelización y del diálogo, sino también en nuestra comprensión de la *meta* de estos tres. Posiblemente, los términos *conversión* y *salvación* aparecerían en algún lugar en nuestra definición de la meta, aunque aquí también podría haber poco consenso en cuanto al significado de estas palabras. Mi tarea, entonces, es tomar este conjunto de cinco palabras: *misión*, *evangelización*, *diálogo*, *salvación* y *conversión*, e intentar definir las bíblicamente, comenzando en este capítulo con *misión*, y dedicando luego un capítulo a cada una de las cuatro palabras restantes.

En los años recientes, la relación entre cristianos ecuménicos y evangélicos (si se me permite usar estos términos como una simplificación conveniente, porque reconozco que de ningún modo son mutuamente excluyentes) se ha vuelto más rígida, más confrontativa. No deseo empeorar esta situación. Sin embargo, sí creo que parte del pensamiento ecuménico actual es equivocado. Aun así, francamente creo que algunas de nuestras formulaciones evangélicas tradicionales

también están equivocadas. Muchos cristianos ecuménicos parecen no haber comenzado siquiera el aprendizaje de vivir bajo la autoridad de las Escrituras. Los evangélicos pensamos que sí lo hemos hecho, y no hay duda de que sinceramente lo deseamos, pero a veces somos muy selectivos en nuestra sujeción, y en otras ocasiones las tradiciones de las generaciones evangélicas anteriores parecen deberle más a la cultura que a las Escrituras. Por lo tanto, mi preocupación principal es someter el pensamiento ecuménico y el evangélico a la misma comprobación independiente y objetiva, a saber, la de la revelación bíblica.

La primera palabra que vamos a considerar es *misión*. Antes de intentar una definición bíblica puede ser útil dar una mirada a la polarización contemporánea.

Dos perspectivas extremas

La perspectiva tradicional o más antigua ha sido la de igualar *misión* y *evangelización*, *misioneros* y *evangelistas*, *misiones* y *programas de evangelización*. En su forma extrema esta visión más antigua, de que la misión consiste exclusivamente en evangelización, también ponía el acento en la proclamación verbal. Al misionero a menudo se lo caricaturizaba de pie bajo una palmera, luciendo un sombrero de paja y recitando el evangelio ante un grupo de nativos pobremente vestidos, sentados en el piso alrededor de él con actitud respetuosa. La imagen tradicional del misionero, entonces, era la del predicador, y uno bastante paternalista. A veces, ese énfasis en la prioridad de la predicación evangelizadora dejaba poco espacio para que cualquier otro tipo de tarea pudiera calificarse como *verdadera misión*, ni siquiera escuelas y hospitales. Sin embargo, la mayoría de los adherentes a la visión tradicional de la misión consideraría el trabajo médico y educacional perfectamente apropiado, y, por cierto, como complementos muy útiles de la labor evangelizadora, nacidos de la compasión cristiana hacia enfermos y analfabetos, aunque a veces usados sin reparo como *plataforma* o *trampolín* para la evangelización, ya que los hospitales y las escuelas ofrecían en sus pacientes y alumnos una conveniente audiencia cautiva para la presentación del evangelio. En ambos casos, la misión en sí era entendida en términos de evangelización.

Este enfoque tradicional no está muerto y enterrado, ni mucho menos. A veces lo acompaña una visión muy negativa del mundo de la cultura y la sociedad. El mundo es como un edificio que se incendia, y la única obligación del cristiano es montar una operación de rescate antes de que sea demasiado tarde. Jesucristo puede regresar en cualquier momento; no hay por qué meterse con las estructuras de la sociedad, porque la sociedad está condenada y a punto de ser destruida. Además, cualquier intento de mejorarla no puede ser sino improductivo, porque las personas no renovadas son incapaces de construir un nuevo mundo. La única esperanza que tiene una persona es la de nacer de nuevo. Solo entonces podría pensarse en que la sociedad naciera de nuevo, pero es demasiado tarde aun para eso.

Un pesimismo de esta naturaleza, que niega el mundo, es un fenómeno extraño en personas que dicen creer en Dios. Pero, claro, la imagen que estas personas tienen de Dios está solo parcialmente modelada por la revelación bíblica. No es la del Creador quien en el principio dio a la humanidad un *mandato cultural* de someter y gobernar la tierra —que instituyó a las autoridades de gobierno como sus *ministros* para que organizaran la sociedad y mantuvieran la justicia— y quien, como lo expresó el Pacto de Lausana, al ser «tanto el Creador como el Juez de toda la humanidad», está interesado en «la justicia y la reconciliación en toda la sociedad humana».¹

En el extremo opuesto a este concepto antibíblico que entiende que la misión consiste solo en la evangelización, está la perspectiva fomentada en el movimiento ecuménico desde la década de 1960. Consiste en que Dios está obrando en el proceso histórico, y que el propósito de su misión, la *missio Dei*, es establecer el *shalom* (término hebreo que significa ‘paz’) en el sentido de armonía social. Este *shalom* (que sería idéntico al reino de Dios) se ejemplifica en áreas como la lucha contra el racismo, la humanización de las relaciones en el ámbito industrial, la superación de las divisiones clasistas y el desarrollo comunitario, así como la búsqueda de una ética de honestidad e integridad en los negocios y otras profesiones.

Más aún, al avanzar hacia esta meta, Dios usa tanto a las personas que pertenecen a la iglesia como a las que no la constituyen. El papel concreto de ella en la misión es señalar dónde está obrando Dios

¹ Pacto de Lausana, párrafo 5.

en la historia de este mundo y descubrir lo que está haciendo, para entonces comprometernos e involucrarnos en la tarea. Según este argumento, el principal vínculo del Señor es con el mundo, de modo que la verdadera secuencia ya no debe buscarse en la fórmula *Dios-iglesia-mundo*, sino en esta otra: *Dios-mundo-iglesia*. Siendo así, es el mundo el que debe establecer la agenda de la iglesia. Las iglesias deben tomar el mundo con seriedad y esforzarse por servir conforme a las necesidades sociológicas contemporáneas de este.

¿Qué diremos respecto a esta identificación de la misión de Dios con la renovación social? Podemos hacer cuatro críticas.

En primer lugar, el Dios que es *Señor de la historia* también es *Juez de la historia*. Es ingenuo aclamar a todos los movimientos revolucionarios como señales de renovación divina, pues, después de la revolución, el nuevo *statu quo* encierra a veces más injusticia y opresión que las que tenía el régimen al que desplazó.

Segundo, las categorías bíblicas del *shalom*, de la nueva humanidad y del reino de Dios no deben ser identificadas con la renovación social. Es verdad que en el Antiguo Testamento el *shalom* (paz) a menudo indica bienestar político y material. ¿Puede sostenerse, como exégesis bíblica seria, que los autores del Nuevo Testamento presentan a Jesucristo como el conquistador de esta clase de paz, que luego confiere a toda la sociedad? Asumir que todas las profecías del Antiguo Testamento se completan en términos literales y materiales es cometer el mismo error que los contemporáneos de Jesús cuando intentaron llevarlo por la fuerza y consagrarlo rey (Juan 6.15). La comprensión que presenta el Nuevo Testamento de la profecía del Antiguo Testamento es que su cumplimiento *trasciende* las categorías en las que se dieron aquellas promesas. Según los apóstoles, la paz que proclama y otorga Jesús es algo más profundo y rico; a saber, la reconciliación y la comunión con Dios y unos con otros (por ejemplo, Efesios 2.13-22). Además, no la otorga a todas las personas, sino a quienes pertenecen a él, a su comunidad redimida. Es decir, *shalom* es la bendición que el Mesías trae a los suyos. La nueva creación y la nueva humanidad han de verse en aquellos que están en Cristo (2 Corintios 5.17), y el reino ha de recibirse con la actitud propia de un niño (Marcos 10.15). Por supuesto, nuestro deber cristiano es recomendar, mediante argumentos y con el ejemplo, a aquellos que aún no han recibido el reino ni han entrado en él, los estándares de

justicia que lo rigen. De este modo, podríamos decir que la justicia del reino *rebasa* y se derrama en algunos sectores del mundo y, entonces, hasta cierto punto, borra la frontera entre ambos. Sin embargo, el reino se mantiene diferenciado de la sociedad incrédula, y el ingreso a él depende de un nuevo nacimiento espiritual.

En tercer lugar, la palabra *misión* no puede usarse con propiedad para abarcar todo lo que Dios está haciendo en el mundo. Por su providencia y gracia común, sin duda está activo en todas las personas y en todas las sociedades, sea que lo reconozcan o no. Pero esta no es *misión* de Dios; es responsabilidad de sus redimidos y consiste en lo que él les envía a ellos a hacer en el mundo.

En cuarto lugar, esta preocupación por el cambio social a veces deja poco o ningún lugar a la preocupación por la evangelización. Por supuesto, debemos dar atención especial al hambre, a la pobreza y a las injusticias en el mundo; pero debemos tener una preocupación o compasión comparable por el hambre espiritual de las personas, y no descuidar a los millones que perecen sin Cristo. El Señor Jesucristo envió a su iglesia a predicar las buenas nuevas y a formar discípulos, por lo que no debemos quedar tan absorbidos por actividades y metas sociales legítimas que nos impidan obedecer aquel mandamiento.

¿Una síntesis bíblica?

Habiendo considerado la idea tradicional que sostiene que la misión comprende exclusivamente a la evangelización, así como el punto de vista ecuménico actual según el cual ella consiste en el establecimiento del *shalom*, nos preguntamos si hay una mejor alternativa, más equilibrada y más bíblica de definir la misión de la iglesia y de expresar la relación entre la responsabilidad evangelística y la responsabilidad social del pueblo de Dios.

La necesidad de una relación más equilibrada fue reconocida en el seno del movimiento ecuménico. En la apertura de la Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias en Upsala, en 1978, el secretario general, Dr. W. A. Visser 't Hooft, recientemente jubilado, hizo la siguiente notable declaración:

Creo que, en relación con la enorme tensión entre la interpretación vertical del evangelio como esencialmente

interesado en la acción salvadora de Dios en la vida de los individuos, y la interpretación horizontal del mismo con el interés principalmente puesto en las relaciones humanas en el mundo, debemos salirnos de este movimiento oscilatorio un tanto primitivo que va de un extremo al otro, y que no es coherente con un movimiento que por su propia naturaleza busca abrazar la verdad del evangelio en toda su plenitud. Un cristianismo que ha perdido su dimensión vertical ha perdido la sal, y no solo es insípida sino inútil para el mundo. Pero un cristianismo que se vale de la preocupación vertical como medio para eludir su responsabilidad para con la vida humana común es una negación de la encarnación, del amor de Dios para con el mundo manifestado en Cristo.²

Lamentablemente, el asunto no quedó clarificado en esa conferencia y se mantuvo como una cuestión que dividió a evangélicos y ecuménicos por igual, en una antigua polarización que todavía existe.

Todos nosotros deberíamos poder coincidir en que la misión surge ante todo de la naturaleza de Dios y no de la iglesia. El Dios viviente de la Biblia es el Dios que envía. Algunos han llegado a aplicarle la palabra *centrifugo*, normalmente referida a la iglesia que sale en misión. Esta figura del lenguaje es bien dramática. Sin embargo, solo es otra manera de decir que Dios es amor, que siempre se extiende y que, en servicio de entrega, busca alcanzar a otros.

Dios le ordenó a Abraham que dejara su parentela y saliera de su tierra y lo envió a un lugar que no conocía; dijo que le daría su bendición y que, si obedecía, por medio de él, bendeciría a todo el mundo (Génesis 12.1-3). Luego envió a José a Egipto, invalidando la crueldad de sus hermanos, con el objetivo de preservar un remanente fiel durante la hambruna (Génesis 45.4-8). Después envió a Moisés a su pueblo oprimido en Egipto, con buenas noticias de liberación, y le dijo: «Voy a enviarte al faraón para que saques de Egipto a los israelitas, que son mi pueblo» (Éxodo 3.10). Después del éxodo y de

² W. A. Visser 't Hooft, en *The Uppsala 68 Report*, ed. Norman Goodall (Génova: wcc, 1968), 317-18.

que su pueblo se estableciera en Canaán, Dios les envió una constante sucesión de profetas con palabras de advertencia y de promesa. Por medio de Jeremías, dijo: «Desde el día en que sus antepasados salieron de Egipto hasta ahora, no he dejado de enviarles, día tras día, a mis servidores los profetas. Con todo, no me obedecieron ni me prestaron atención» (Jeremías 7.25-26; ver 2 Crónicas 36.15-16). Luego del cautiverio en Babilonia, por su gracia, los envió de regreso a su tierra, y mandó con ellos más mensajeros para ayudarles a reconstruir el templo, la ciudad y la vida de la nación. Finalmente, «cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo»; y después, Padre e Hijo enviaron al Espíritu, en el día de Pentecostés (Gálatas 4.4-6; ver Juan 14.26; 15.26; 16.7; Hechos 2.33).

Todo esto forma parte del trasfondo bíblico esencial para cualquier entendimiento de la misión. La misión primaria es de Dios, porque es él quien envió a sus profetas, a su Hijo, a su Espíritu. De estas, la misión del Hijo es central, porque fue la culminación del ministerio de los profetas, y porque comprendió, como su clímax, el envío del Espíritu. Y ahora el Hijo envía tal como él fue enviado.

Ya durante su ministerio público, Jesús envió primero a los apóstoles y luego a los setenta, como una especie de extensión de su propio ministerio de predicación, enseñanza y sanación. Más tarde, después de su muerte y resurrección, amplió el alcance de la misión al incluir a todos los que lo reconocieran como Señor y se consideraran sus discípulos. Había otras personas presentes cuando se les encomendó a los Doce la Gran Comisión (ver, por ejemplo, Lucas 24.33). No podemos restringir su aplicación a los apóstoles.

La gran comisión

Esto nos lleva a considerar los términos en que está expresada la Gran Comisión. ¿Qué fue lo que el Señor Jesús encomendó a los suyos que hicieran? No cabe duda de que la mayoría de las versiones (porque parece haberla repetido en distintos formatos en varias ocasiones) coloca el énfasis en la evangelización. «Vayan por todo el mundo y anuncien las buenas nuevas a toda criatura» es el mandamiento conocido que aparece en el final largo del Evangelio de Marcos, que parece haber sido añadido más tarde por alguien después que se perdiera el cierre original de Marcos (Marcos 16.15). La fórmula

en Mateo es «vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos [...] enseñándoles» (Mateo 28.19-20), en tanto que Lucas registra al final de su evangelio la expresión de Cristo: «... en su nombre se predicarán el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones», y al comienzo del libro de Hechos consigna que los suyos recibirían poder para ser sus testigos hasta los confines de la tierra (Lucas 24.47; Hechos 1.8). El énfasis acumulativo parece claro y está en la predicación, el testimonio y el hacer discípulos. De esto, muchos deducen que la misión de la iglesia, conforme a lo especificado por el Señor resucitado, consiste exclusivamente en predicar, lograr conversos y enseñarles. De hecho, confieso que yo mismo sostuve esta perspectiva en el Congreso Mundial de Evangelización, en Berlín, en 1966, cuando procuré exponer las tres principales versiones de la Gran Comisión.

Hoy, sin embargo, me expresaría de otra manera. No se trata solamente de que la Comisión incluye el deber de enseñar a los discípulos bautizados todo lo que Jesús les había mandado antes (Mateo 28.20) y que la responsabilidad social está entre sus órdenes. Ahora veo más claramente que no solo debe entenderse como consecuencia de la Comisión, sino como parte de su esencia, que incluye la responsabilidad social tanto como la de evangelizar, a menos que queramos ser culpables de distorsionar las palabras de Jesús.

La forma crucial en que nos llegó la Gran Comisión (aunque es la más descuidada porque es la más costosa) es la juanina. Jesús lo había anticipado cuando oró en el aposento alto y le dijo al Padre: «Como tú me enviaste al mundo, yo los envío también al mundo» (Juan 17.18). Ahora bien, probablemente en el mismo aposento alto, pero después de su muerte y resurrección, convirtió esa declaración en un mandato y dijo: «Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes» (Juan 20.21). En estas dos declaraciones Jesús hizo algo más que trazar un difuso paralelo entre su misión y la nuestra. Al decir «*como* el Padre me envió a mí, *así* yo los envío a ustedes», con actitud deliberada y precisa, definió su misión como el *modelo* de la nuestra. En consecuencia, nuestro entendimiento de la misión de la iglesia debe deducirse de nuestro entendimiento de la misión del Hijo. ¿Por qué y cómo envió el Padre al Hijo?

Por cierto, el propósito principal de la venida del Hijo a este mundo tenía un carácter único. Quizás sea en parte por esta razón

que los cristianos han titubeado ante la idea de que su misión pudiera ser, en algún sentido, comparable a la de él. El Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo, y para serlo debía expiar nuestros pecados y darnos vida eterna (1 Juan 4.9-10, 14). Más aún, él mismo dijo que «vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19.10). No podemos emularlo en ello, no somos salvadores; sin embargo, todo esto sigue siendo una declaración incompleta de por qué vino.

Es mejor comenzar con un planteo más general y decir que vino para servir. Sus contemporáneos estaban familiarizados con la visión apocalíptica de Daniel, del Hijo del Hombre que recibe dominio y a quien todos los pueblos sirven (Daniel 7.14). Sin embargo, Jesús sabía que, antes de recibir el servicio de todas las naciones, él debía servir y soportar sufrimiento antes de recibir autoridad y dominio. Lo que hizo fue fusionar dos imágenes del Antiguo Testamento aparentemente incompatibles: el Hijo del Hombre presentado en Daniel y el Siervo Sufriente de Isaías, por lo que dijo: «... ni aun el Hijo del hombre vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Marcos 10.45). El rescate por el pecado fue un sacrificio que solo él podía ofrecer, pero este sería la culminación de una vida de servicio, lo que también nosotros podemos hacer. En otra ocasión dijo: «... yo estoy entre ustedes como uno que sirve» (Lucas 22.27). Se dio a sí mismo a los demás en servicio desinteresado, el cual tomó una amplia variedad de formas según las necesidades de las personas. Sin duda predicó y proclamó las buenas noticias del reino de Dios. Igualmente, enseñó sobre el carácter y la venida del reino, así como la forma de ser parte de él y la manera en que habría de extenderse. Además, sirvió tanto con hechos como con palabras, por lo que en su ministerio es imposible separar sus obras de sus palabras. Dio de comer a los hambrientos y lavó los pies sucios; sanó a los enfermos, consoló a los afligidos y hasta devolvió la vida a los muertos.

Ahora él nos envía, dice, como el Padre lo envió a él. Por lo tanto, nuestra misión debe ser de servicio, como la de él. Jesús se vació de su estatus y tomó la forma de siervo, con una actitud de humildad que también debemos tener nosotros (Filipenses 2.5-8). Él nos provee el modelo perfecto de servicio y envía su iglesia al mundo como una iglesia que sirve. ¿Acaso no es esencial que recuperemos este énfasis bíblico? En muchas de nuestras actitudes y proyectos cristianos

(especialmente entre aquellos que vivimos en Europa y América del Norte) nuestra tendencia ha sido actuar como jefes más que como siervos. Sin embargo, parece ser que es en nuestro papel como siervos donde podemos encontrar la síntesis precisa entre evangelización y acción social, porque ambas deberían ser para nosotros, como sin duda lo fueron para Cristo, la auténtica expresión de un amor que sirve.

Hay, además, otro aspecto de la misión del Hijo que debe encontrar su paralelo en la misión de la iglesia; a saber, que Cristo fue enviado *al mundo* con el fin de servir. No descendió simplemente como un visitante del espacio, ni llegó como un extranjero trayendo consigo su propia cultura extraña. Asumió nuestra humanidad, en carne y hueso, así como nuestra cultura. Aún más, se hizo uno de nosotros y experimentó nuestra fragilidad, nuestros sufrimientos y nuestras tentaciones. Incluso cargó nuestros pecados y murió nuestra muerte. Ahora nos envía «al mundo», a identificarnos con otros (pero sin perder nuestra identidad cristiana), así como él se identificó con nosotros, y a volvernos vulnerables como lo hizo él. Sin duda uno de nuestros fracasos más característicos como cristianos, no menos entre aquellos que nos llamamos cristianos evangélicos, es que rara vez tomamos en serio este principio de la encarnación. Nos surge más naturalmente vociferarle a la gente el evangelio desde cierta distancia que involucrarnos profundamente en su vida, pensar en su cultura y sus problemas, y compartir sus sufrimientos. Sin embargo, esta implicancia del ejemplo de nuestro Señor es algo de lo que no podemos escapar. Como lo expresa el Pacto de Lausana: «Afirmamos que Cristo envía a su pueblo redimido al mundo como el Padre lo envió a él, y que esto exige una penetración del mundo similarmente profunda y costosa».³

La relación entre evangelización y responsabilidad social

¿Cuál debería ser, entonces, la relación entre la evangelización y la acción social en el marco de nuestra responsabilidad cristiana total? Aun si damos por sentado que no tenemos libertad para

³ Pacto de Lausana, párrafo 6.

concentrarnos en la evangelización, excluyendo la inquietud social, ni para hacer del activismo social un sustituto de la evangelización, todavía necesitamos definir la relación entre ambas. Esto se ha intentado de tres maneras, principalmente.

Primero, algunos consideran la acción social como *un medio para la evangelización*. En ese caso, las metas primordiales son evangelizar y ganar conversos; pero se considera la acción social como un recurso preliminar útil, un medio eficaz para lograr esas metas. La modalidad más descarada de este enfoque hace de la acción social (sea alimento, medicina o educación) el equivalente de la cobertura dulce de la píldora, la carnada en el anzuelo, mientras que en su mejor versión confiere al evangelio una credibilidad que de otro modo carecería. En cualquier caso, el olor a hipocresía ronda a nuestra acción filantrópica. Una motivación oculta nos impulsa a este compromiso. El resultado de hacer de nuestro programa social un medio para otro fin es que producimos los llamados cristianos *interesados*, que son una consecuencia inevitable si nosotros nos desempeñamos también como evangelistas *interesados*. Nosotros les transmitimos el engaño. Por eso no asombra que Gandhi haya dicho lo siguiente en 1931: «Sostengo que hacer proselitismo bajo el amparo del trabajo humanitario es, cuando menos, indecoroso [...] ¿por qué debería cambiar mi religión porque un médico que profesa el cristianismo como religión me sanó de alguna enfermedad?».

Hay una segunda y mejor manera de relacionar la evangelización y la acción social. Ella no considera la acción social como un medio para evangelizar, sino como *una expresión de la evangelización* o, al menos, del evangelio que se proclama. En este caso, la filantropía no se adjunta a la evangelización de una manera artificial y externa, sino que crece como su expresión natural. Casi podríamos decir que la acción social se convierte en el *sacramento* de la evangelización, porque de forma significativa hace visible el mensaje. Los mismos actos de amor y de compasión *predican* el mensaje del evangelio del que fluyen. No debemos titubear en aceptar este criterio, hasta donde llega, ya que tiene un fuerte precedente en el ministerio de Jesús. Sus palabras y sus obras se pertenecían mutuamente; sus palabras interpretaban a sus obras y las obras eran la encarnación de sus palabras. No solo anunciaban las buenas noticias del evangelio; también hacían visibles las *señales del reino*. De este modo, si las personas no querían creer en

sus palabras, entonces que le creyeran «por las obras mismas», dijo (Juan 14.11).

Sin embargo, esta segunda perspectiva también me deja intranquilo. Hace del servicio una subdivisión de la evangelización, un aspecto de la proclamación. Las buenas obras de amor tuvieron valor evidencial cuando las realizó Jesús, por supuesto, y también las tienen cuando las realizamos nosotros (ver Mateo 5.16). Aun así, no puedo aceptar que esta sea su única, ni siquiera su principal, justificación. Si lo fuera, esas buenas obras seguirían siendo, si bien tímidamente, solamente medios para un fin. Si las buenas obras son una predicación visible, entonces esperan un retorno; pero si son amor visible, se hacen «sin esperar nada a cambio» (Lucas 6.35).

Llegamos a la tercera forma de describir la relación entre la evangelización y la acción social, que a mi juicio es la única verdaderamente cristiana, y es la que considera a la acción social como *compañera de la evangelización*. Como socias, se pertenecen mutuamente y a la vez son independientes una de la otra. Ninguna de las dos es un medio para la otra ni tampoco una manifestación de la otra. Cada una es un fin en sí misma. Ambas son expresiones de un amor no fingido. La evangelización y el servicio compasivo pertenecen juntas a la misión de Dios.

El apóstol Juan me ayudó a comprender esto mediante las siguientes palabras de su primera carta: «Si alguien que posee bienes materiales ve que su hermano está pasando necesidad, y no tiene compasión de él, ¿cómo se puede decir que el amor de Dios habita en él? Queridos hijos, no amemos de palabra ni de labios para afuera, sino con hechos y de verdad» (1 Juan 3.17-18). Aquí el amor en acción surge de una doble situación: primero, *ver* a un hermano en necesidad, y segundo, *tener* los medios para satisfacer la necesidad. Si no vinculo lo que *tengo* con lo que *veo*, no puedo decir que habita en mí el amor de Dios. Además, ese principio se aplica cualquiera sea la naturaleza de la necesidad vista. Puedo percibir una necesidad espiritual (pecado, culpa, perdición) y tener el conocimiento del evangelio para responder a ella. O puedo ver como necesidad una enfermedad, la ignorancia o una vivienda precaria, y tener la pericia médica, educacional o social para aliviarla. Ver la necesidad y poseer el remedio inspira al amor a actuar. Así, según lo que *veamos* y lo que *tengamos*, la acción será evangelizadora, social o, incluso, política.

Eso no significa que las palabras y las obras, la evangelización y la acción social, sean socias tan inseparables que todos debamos ocuparnos todo el tiempo de ambas. Las situaciones varían, y también las vocaciones cristianas. En cuanto a las situaciones, habrá ocasiones cuando el destino eterno de la persona será la consideración más urgente, ya que no debemos olvidar que, sin Cristo, las personas perecen. Pero, sin duda, habrá otros momentos cuando la necesidad material de una persona sea tan apremiante que no pueda escuchar el evangelio aunque se lo comportáramos. Por ejemplo, el hombre que cayó en manos de ladrones necesitaba por sobre todas las cosas, en ese momento, aceite y vendas para sus heridas, ¡no folletos de evangelización en sus bolsillos! Como dice el refrán, «la persona con hambre no tiene oídos». Si nuestro enemigo tiene hambre, el mandato bíblico no es evangelizarlo, sino darle de comer (Romanos 12.20). Por cierto, hay una variedad de vocaciones cristianas, por lo que todo cristiano debería ser fiel a su propio llamado. Un médico no debe descuidar la práctica de la medicina a cambio de la evangelización, y tampoco debería un evangelista desatender su ministerio de la Palabra por atender las mesas, como muy pronto descubrieron los apóstoles (Hechos 6).

El gran mandamiento

Permítanme volver a la Gran Comisión. He intentado mostrar que la fórmula juanina, según la cual la misión de la iglesia debe seguir el modelo de la misión del Hijo, implica que somos enviados al mundo para servir, y que el servicio que hemos de prestar con humildad incluirá, como lo fue también para Cristo, palabras y obras; es decir, una preocupación por el hambre y la enfermedad tanto del cuerpo como del alma; en otras palabras, acción evangelizadora y acción social. Pero ¿qué ocurre en el caso de que alguien permanece convencido de que la Gran Comisión se aplica exclusivamente a la evangelización?

Me atrevo a decir que, a veces —quizás porque fue la última instrucción que nos dio Jesús antes de volver al Padre—, damos a la Gran Comisión un lugar demasiado prominente en nuestro pensamiento cristiano. Por favor, no me malinterpreten. Creo firmemente que la iglesia toda está obligada a obedecer la comisión del Señor de llevar

el evangelio a todas las naciones; pero también me preocupa que consideremos esto como la única instrucción que nos dejó. También citó Levítico 19.18: «... ama a tu prójimo como a ti mismo», y dijo que ese era «el segundo y gran mandamiento» (segundo en importancia solo en relación con el mandamiento supremo de amar a Dios con todo nuestro ser), lo cual explicó en el Sermón del Monte. Insistió en que, en el vocabulario de Dios, nuestro prójimo incluye a nuestro enemigo y que amar significa hacer el bien; es decir, entregarnos de manera activa y constructiva en favor del bienestar de nuestro prójimo.

Encontramos aquí dos instrucciones de Jesús: un gran mandamiento («ama a tu prójimo») y una gran comisión («vayan y hagan discípulos»). ¿Cuál es la relación entre ambas? Algunos de nosotros nos conducimos como si fueran idénticas y, en consecuencia, pensamos que al compartir el evangelio con alguien ya hemos completado nuestra responsabilidad de amor hacia él o ella. No es así. La Gran Comisión no explica, no agota ni reemplaza al Gran Mandamiento. Lo que hace es agregar al requerimiento de amar y servir al prójimo una nueva y urgente dimensión cristiana. Si verdaderamente amamos a nuestro prójimo, no hay duda de que compartiremos con él o ella las buenas noticias de Jesús. ¿Cómo podríamos decir que amamos a nuestro prójimo si conocemos el evangelio, pero nos rehusamos a compartírselo? Sin embargo, de la misma manera, si de verdad lo amamos no nos limitaremos a solamente evangelizarlo. Nuestro prójimo no es un alma incorpórea que nos obliga a amar solo su espíritu, ni es un cuerpo sin alma que nos compromete a interesarnos únicamente en su bienestar físico. Tampoco es un cuerpo con un alma, pero aislado de la sociedad, ya que Dios creó a la persona humana, que es mi prójimo, como un *cuerpo-alma-en-comunidad*. Por lo tanto, si amamos a nuestro prójimo como él lo hizo, inevitablemente nos interesaremos en su bienestar total: el bien de su alma, de su cuerpo y de su comunidad. Por otra parte, es esta visión del ser humano como ser psicosomático y comunitario, a la vez, la que nos obliga a agregar la dimensión *política* a nuestra preocupación social, puesto que la acción humanitaria se ocupa de las víctimas de una sociedad enferma. Ello nos impele también a ocuparnos de la medicina preventiva o la salud comunitaria, lo cual implica la búsqueda de mejores estructuras sociales donde se asegure la paz, la dignidad, la libertad y la justicia

para todos. No hay razón alguna que nos impida, en esta búsqueda, unir nuestras manos a las de las demás personas de buena voluntad, aun cuando no sean cristianas.

En síntesis, al igual que Jesús, somos enviados al mundo para servir. Esta es la expresión natural de nuestro amor por nuestro prójimo. Amamos. Vamos. Servimos. Al hacerlo no tenemos (o no deberíamos tener) ninguna segunda intención. Al evangelio le falta visibilidad si meramente lo predicamos, al igual que carece de credibilidad si al predicarlo nos interesamos solo por las almas y no nos preocupamos por el bienestar del cuerpo, la situación y la comunidad de las personas. Sin embargo, la razón primordial para aceptar nuestra responsabilidad social no es la de darle al evangelio la visibilidad o la credibilidad de las que, de otro modo, carecería, sino la simple y sencilla compasión. El amor no necesita justificarse. Se expresa en servicio allí donde ve una necesidad.

Misión, entonces, no es una palabra para describir todo lo que la iglesia hace. *La iglesia es misión* suena bien, pero es una exageración. Ella es una comunidad que adora y que sirve; pero si bien la adoración y el servicio se pertenecen mutuamente, no deben ser confundidos. Y como hemos visto, «misión» tampoco cubre todo lo que el Señor hace en el mundo. El Dios creador está constantemente activo en su mundo por medio de su providencia, su gracia común y su juicio, aparte de los propósitos por los cuales envió al mundo a su Hijo, a su Espíritu y a su iglesia. El término *misión* describe, más bien, todo lo que se le ha enviado a la iglesia a hacer en el mundo. La *misión* abarca el doble llamado de ser «la sal de la tierra» y «la luz del mundo». Cristo *envía* a su pueblo a ser sal, y *envía* a su pueblo a ser luz en el mundo (Mateo 5.13-16).

Implicaciones prácticas

Para concluir, puede ser útil considerar cuáles podrían ser las consecuencias de este entendimiento de la misión. Los cristianos evangélicos se arrepienten hoy de su pietismo de antaño, que tendía a mantenerlos aislados del mundo secular, y están aceptando que tenemos una responsabilidad social además de la de evangelizar. ¿Qué significará esto en la práctica? Quisiera explorar dos áreas: la *vocación cristiana* y la *iglesia local*.

Comienzo con la vocación, con la cual me refiero al trabajo en la vida de un cristiano. A menudo damos la impresión de que, si un joven cristiano está entusiasmado por Cristo, decidirá ser misionero en el extranjero; que, si el entusiasmo no es tan grande, se quedará en su lugar y llegará a ser pastor; y que, si no tiene suficiente compromiso para eso, sin duda servirá como médico o maestro. ¡Quien termina dedicándose al trabajo social o a los medios de comunicación o, aún peor, a la política, está a pocos pasos de claudicar!

Me parece urgente buscar una perspectiva más acertada en este asunto de las vocaciones. Jesucristo llama a todos sus discípulos al *ministerio*, es decir, al servicio. Él mismo es el siervo por excelencia, y nos llama a ser siervos también. Entonces, esto al menos es claro: que, si somos cristianos, hemos de dedicar nuestra vida a servir a Dios y a los demás. La única diferencia entre nosotros reside en la naturaleza del servicio que somos llamados a realizar. Sin duda, algunos son llamados a ser misioneros, evangelistas o pastores, y otros a ejercer profesiones importantes, como pueden ser la abogacía, la educación, la medicina o las ciencias sociales. Otros son llamados al comercio, a la industria, a la agricultura, a seguir profesiones bancarias y contables, al Gobierno o al Parlamento, a los medios de comunicación, a la administración del hogar o a llevar adelante una familia. En todos estos ámbitos, y en muchos otros, una persona cristiana puede llevar adelante su trabajo de manera cristiana sin necesidad de verlo como un mal necesario (es decir, como inevitable para asegurar la subsistencia), o como un espacio útil para evangelizar o ganar dinero para costear la evangelización, sino reconociéndolo como su vocación cristiana, el modo en que Cristo lo ha llamado para servirle. Más aún, parte de su llamado incluye el esfuerzo por mantener las pautas del Señor en cuanto a la justicia, la rectitud, la honestidad, la dignidad humana y la compasión en una sociedad que ya no las acepta.

Cuando una comunidad se deteriora, la culpa tiene que recaer donde corresponde: no sobre la comunidad que va de mal en peor, sino sobre la iglesia que no está cumpliendo su papel de ser la sal que evita ese deterioro. La sal solo puede ser efectiva si permea la sociedad, si los cristianos redescubren la amplia variedad de llamados divinos y si muchos de ellos penetran profundamente en la sociedad secular a fin de servir allí a Cristo.

En procura de esa meta, personalmente me gustaría ver que se designen orientadores vocacionales cristianos que visiten las escuelas, las universidades y las iglesias, no solo para reclutar para el pastorado, sino para presentar a la juventud las apasionantes y variadas oportunidades disponibles hoy para servir a Cristo y al resto de la humanidad. También me gustaría que hubiera en forma habitual conferencias vocacionales, no solamente conferencias *misioneras*, que asignan la mayor prioridad a la vocación misionera transcultural, ni conferencias *ministeriales*, que se concentran en el pastorado ordenado, sino conferencias de *misión*, que interpreten la amplitud bíblica de la misión de Dios, la apliquen al mundo contemporáneo y desafíen a la juventud a dar su vida sin reservas al servicio en algún aspecto de la misión cristiana.

Una segunda aplicación concierne a la iglesia local. Aquí también nuestra tendencia ha sido ver a la iglesia como una comunidad que adora y da testimonio. Pensamos que su responsabilidad hacia el distrito o barrio está en gran medida restringida a dar un testimonio evangelístico. Sin embargo, si la iglesia local es «enviada» a ese lugar como el Padre envió al Hijo a este mundo, su misión de servicio ha de ser mucho más amplia que la evangelización. Una vez que la iglesia local como un todo reconoce y acepta esta dimensión más plena de su responsabilidad, se halla en condiciones de percibir otra verdad. Aunque todos los cristianos están llamados, en general, a los dos tipos de servicio (testificar a Cristo y seguir el ejemplo del buen samaritano cuando se presente la ocasión), no todos los cristianos están llamados a consagrar su vida o a dedicar su tiempo libre a ambos aspectos.

Es obviamente imposible que todos hagan todo lo que se necesita. Por lo tanto, debe haber una especialización acorde con los dones y el llamado de Cristo. No cabe duda de que algunos miembros de la iglesia local están dotados para evangelizar y tienen el llamado de la evangelización. Pero ¿somos capaces de afirmar con la misma convicción que los dones y el llamado de Cristo a otras personas las orienta hacia lo social? ¿Podemos liberarnos de la esclavitud impuesta por seres humanos (porque eso es lo que es) de suponer que todo cristiano verdaderamente comprometido habrá de dedicar todo su tiempo disponible a la tarea de *ganar almas*? La doctrina bíblica del cuerpo de Cristo, con los distintos miembros dotados para cumplir

diferentes funciones, debería ser suficiente para darnos esta libertad más plena.

Una vez que hayamos aceptado este principio, grupos de cristianos en cada congregación, conscientes de su responsabilidad, deberían poder unirse en una variedad de *grupos de estudio y acción*. Por ejemplo, uno podría concentrarse en la visitación casa por casa, otro en la extensión evangelizadora de un sector todavía no alcanzado (a saber, un albergue o un club juvenil, una universidad o una cafetería) y otro en las relaciones entre los inmigrantes en la comunidad. Asimismo, uno podría ocuparse de organizar una asociación de viviendas para ayudar a quienes no tienen techo y otro a visitar a los ancianos o enfermos, o a asistir a los discapacitados. Igualmente, otros podrían estar enfocados en cuestiones éticas o sociopolíticas, tales como el aborto (en caso de que hubiera en ese vecindario una clínica que practique abortos) o la problemática laboral (si se tratase de una zona industrial) o la liberalidad sexual (donde los locales pornográficos constituyeran una ofensa al barrio). He usado de modo deliberado la expresión *grupos de estudio y acción* porque los cristianos tenemos la tendencia a pontificar desde una posición de ignorancia, cuando en realidad necesitamos lidiar con las complejidades del tema antes de recomendar al consejo de la iglesia un posible curso de acción, sea de evangelización o de acción social, o de ambas.

Si podemos aceptar este concepto amplio de la misión cristiana como un servicio en el mundo que abarca tanto la evangelización como la acción social —concepto que nos llega por el modelo de misión de nuestro Salvador—, entonces los cristianos podremos, con la guía de Dios, tener un impacto en la sociedad, un impacto acorde con nuestra fortaleza numérica y las demandas radicales de la comisión que nos dio Cristo.

«Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes» (Juan 20:21)

¿Cuáles son las marcas misionales de la iglesia en el mundo?

Este libro ofrece una perspectiva integral e íntegramente bíblica acerca de la misión cristiana y la relación entre la responsabilidad de evangelizar y la responsabilidad social, entre la Gran Comisión ("vayan y hagan discípulos") y el Gran Mandamiento ("ama a tu prójimo").

En su clásica exposición sobre la misión de la iglesia, John Stott se propone "perseverar en la búsqueda de lo que el Espíritu le está diciendo a las iglesias por medio de la Palabra". Este es un reto que cada generación ha de hacer propio, con los pies en su actualidad, mirando hacia adelante a la luz de la esperanza cristiana y prestando atención al camino recorrido. Eso mismo, que demostró Stott hace cincuenta años, lo hace también Christopher Wright en esta versión actualizada y ampliada, a la vez reconociendo la capacidad anticipatoria de Stott.

Estas páginas son una invitación a fortalecer la fe, alimentar la reflexión y vigorizar la misión cristiana.



John Stott (1921-2011) es conocido en todo el mundo como predicador, evangelista, escritor y comunicador de las Escrituras. Fue el principal artífice del histórico Pacto de Lausana (1974), autor de más de 40 libros traducidos a más de 60 idiomas y fundador de Langham Partnership International que trabaja para equipar a nuevas generaciones de maestros de la Biblia en todo el mundo. El reverendo Dr. John Stott fue durante muchos años rector de All Souls Church, Langham Place en Londres, Inglaterra donde llevó a cabo un eficaz ministerio pastoral urbano.



Christopher Wright es Embajador Global y Director Ministerial de Langham Partnership. Anteriormente fue director de All Nations Christian College, Ware, Reino Unido, después de enseñar en Union Biblical Seminary, Pune, India. Autor de La misión de Dios y Guía del lector de la biblia.



andamio

Certeza
Argentina



ISBN 978-612-5026-35-4



9 786125 026354

Religión-Teología Cristiana